

Fácilmente recordó lo que cuidadosamente había inquirido de los Magos acerca del tiempo en que apareció la estrella, y si ésta había aparecido, como es muy probable le dijeran, hacía un año, él supuso que echando algo más de lo que le dijeron y matando a los menores de dos años, de seguro caería entre ellos el Mesías. Y así lo dispuso.

Y sea que ordenó la muerte simultánea de todos los Inocentes, sea que dió instrucciones para que poco a poco y con cautela fuesen matando a cuantos de esta edad encontrasen sus satélites, lo cierto es que todos los hijos pequeños, que mamaban en Belén á los pechos de sus madres, fueron pereciendo.

No hay que creer que fueron muchos, como algunos se figuran. En una aldea de tres mil habitantes calculan que habría de dos años veinte niños sobre poco más o menos. Una crueldad y tiranía como aquella, aunque en sí muy grande y para nuestro siglo muy increíble, pero para aquellos tiempos y en Herodes no es nada increíble.

Tenía este sanguinario tirano, sobre todo en aquella última época mucho mayores crímenes en sus fastos. Siempre cruel, lo fué mucho más al fin de su vida, exasperado por varias conjuraciones y tentativas de rebelión y por sus propias enfermedades. Muchos perecieron víctimas de su crueldad a pesar de ser sacerdotes y grandes de su corte.

Apasionadísimo y vehemente sembró la muerte entre su propia familia: su yerno, sus hijos Aristóbulo y Alejandro, sus sobrinos, sus cuñados y muchísimos amigos le pagaron tributo de sangre. La bellísima Marianne, un tiempo su queridísima esposa, fué víctima de sus celos. Nada digamos de sus enemigos y de los que le infundían recelos y sospechas.

Fué tan abundante la sangre que corrió en su reinado que la de unos cuantos niños desaparecía como un vaso echado en el torrente que venía corriendo durante su opresión y tiranía.

La providencia de Dios puso fuera de este torrente la vida del Mesías, el cual refugiado en Egipto vivió allí, según dice el Evangelio, hasta la muerte de Herodes, que no debió ser mucho tiempo.

Porque el impío tirano murió en la primavera de 750 co-

mido de inmundos parásitos, que lo roían poco a poco sin poderlo remediar, en medio de innumerables dolores que no podían calmar los dulces baños de Calirroe, y acompañado de la inevitable aversión, odio y repugnancia de cuantos le rodeaban. Poco antes de morir hizo quemar vivos a dos escribas rebeldes con cuarenta de sus discípulos, y con el fin de que no todo fuese, como temía, regocijo el día de su muerte, ordenó en su testamento que a los principales judíos que había encerrado en el Hipódromo los degollasen a la hora de su fallecimiento.

Murió en Jericó, mientras la Sagrada Familia perseveraba en paz esperando el alivio del que les había mandado estar en Egipto hasta que otra cosa se les dijese. Muerto el perseguidor, el mismo Angel que en Belén «se apareció durante el sueño a José en Egipto, y le dijo:

«Levántate y toma al Niño y a su Madre y vete a Israel: porque han muerto ya los que buscaban la vida del Niño.

»Se levantó José, tomó al Niño y a su Madre y vino a Israel».

Según claramente indica el Evangelio, pensó en volver á Belén, donde ya tenía conocidos y se había establecido antes de salir a Egipto. «Pero oyendo que reinaba Arquelao en Judea como sucesor de su Padre Herodes, temió ir allá; y avisado durante el sueño se retiró a la parte de Galilea; y viniendo a Nazaret puso allí su casa para que se cumpliese lo que habían dicho los profetas: que sería llamado Nazareno».

Al morir Herodes quedó, primero etnarca y luego rey de Judea, Arquelao, hijo de Herodes en sangre y en instintos de derramarla.

En cambio Herodes Antipas, que gobernaba la Galilea, al menos no era sanguinario; más bien era benigno con sus súbditos, su afán era embellecer sus tierras, para atraer extranjeros. Bajo su tetrarquía se podría vivir en paz. Por pobre que fuese Galilea, y por despreciable que en Galilea fuese Nazaret, era preferible vivir allí en paz que en cualquier sitio de Judea en sobresalto.

A Galilea, pues, se retiró José, y empezó la vida apacible y florida, por la cual Jesús fué llamado naturalmente *Nazareno*, que significa lo mismo que florido.

Casualidad a los ojos de los hombres, pero previsión a los ojos de Dios que iluminó a los profetas para que vaticinasen que el Mesías había de ser el Nazar, la flor de David y el pimpollo de Jesé, nacido el cual, ya todo lo demás que naciese de la vara casi deshecha de David no valdría nada, como cuando el árbol ha dado mucho fruto, queda inutilizado para en adelante.

33. EL NIÑO DE NAZARET

(Mt. 2,23.—L. 2,40.)

Crecía, pues, el pimpollo Nazareno y adquiría cada vez más vigor y fuerza. Jesús, nada diverso en lo exterior de todos los demás niños sus contemporáneos, «iba, según el Evangelista San Lucas, creciendo y robusteciéndose, llenándose de sabiduría, y la gracia de Dios estaba sobre él».

Nada de extraordinario hizo en todo aquel período de su infancia hasta la edad de doce años. Ocultando su divinidad en una humanidad, perfecta, sí, según sus tiempos y edades, pero nada milagrosa en la apariencia, iba creciendo del mismo modo que crecen todos, jugando y alternando probablemente con sus primos y amigos de Nazaret, pasando unos ratos al lado de su padre mientras éste, dedicado a su faena ganaba el pan de su esposa y de su Hijo, otros al lado de su madre que dedicada también a sus quehaceres domésticos de ama de casa, preparaba la comida y arreglaba la casa y los pobres vestidos de su Hijo y de su esposo.

Iría a la fuente con su madre, jugaría con las astillas y virutas en el taller de su padre, recorrería los campos de Nazaret, acudiría a la sinagoga a sus tiempos y oraría en ella, pasaría en familia los ratos que el carpintero tomaba para su recreo y descanso al lado de María, y en fin, sin disgustar a nadie, sin chocar con nadie en nada, llegaría a la edad de la adolescencia, tal vez sin que sus padres mismos adivinasen cuándo quería manifestar su gloria a Israel, ni qué es lo que después de toda esta humildad iría a hacer, el que ya sabían que había venido a salvar y redimir al mundo.

No debió ir a ninguna escuela por la sencilla razón de

que en Nazaret no había escuela. Según parece solo desde el año 64 se fundaron escuelas obligatorias en todos los pueblos de Palestina para los niños de seis y siete años en adelante. Hasta entonces los niños aprendían de labios de sus padres y principalmente de sus madres la Ley ante todo, y luego la lectura y la escritura.

Apenas el niño empezaba a hablar le decía su madre algún versículo de la Ley, se lo hacía repetir hasta que lo supiese, y así sucesivamente iba enseñándosela toda, hasta que la aprendía, y más tarde cuando ya el niño sabía leer, ponía en sus manos el texto de lo que ya tenía en la memoria.

Así tal vez se dejó enseñar Jesús de María la misma santa Ley que él había inspirado y sabía perfectísimamente.

34. HIJO DE LA LEY

(L. 2.)

Y llegó a los doce años.

Entraba en una época distinta de la vida. A los trece años todo Israelita empezaba a ser llamado *siervo* o *hijo de la ley*, y adquiría cierta mayoría de edad y una especie de emancipación parcial de sus padres. Desde entonces el niño comenzaba a estar sujeto a todas las prescripciones de la ley a sus ayunos, a sus ceremonias, a sus fiestas. Para acostumbrarse a cumplir mejor con estas obligaciones los obligaban en sus casas a cumplirlas desde los doce.

Para recordárselo, así como los Romanos vestían a sus adolescentes la pretexta, vestido de autoridad, así los judíos en tiempo de Jesucristo ponían a sus jovencitos las *filacterias*.

En una cajita de badana estaban encerrados en fino pergamino cuatro pasajes principales de la ley de Moisés. Esta cajita la sujetaban o a la frente con unas cintas que corriendo por la cabeza, caían luego por sobre los hombros ante el pecho, o al brazo con unas correas que adornaban al mismo tiempo que sujetaban. De esta manera interpretando servilmente las Escrituras, creían ser más fieles al precepto de Moisés que les mandaba tener siempre *ante los ojos y en su brazo* el recuerdo de los beneficios

del Jehová. Con estas filacterias que usaban en tiempo de oración sobre todo, y en los días de fiesta y lujo, adornaban al niño, cuando llegaba a los doce años y comenzaba a estar más sujeto a la ley, para recordársela.

Jesús acomodándose al uso, pero con mucho mejor espíritu que los hipócritas a quienes después había de reprender, se ceñiría como todos de aquella ley que desde el primer momento de su encarnación estaba en medio de su corazón santo.

Estaba sobre todo obligado el niño desde aquella edad a observar las fiestas de la ley.

Tres eran las principales: la gran Pascua en memoria de la salida de Egipto, en la cual se comía el cordero y se ofrecían las primicias de la cebada; la segunda pascua de Pentecostés a los cincuenta días, en que se ofrecían las primicias del trigo; y la fiesta de los Tabernáculos en la que se daban gracias de la recolección de los frutos. La primera y la tercera duraban ocho días, la segunda solo uno.

En todas ellas, de no tener impedimento grave, debían todos los varones desde los doce años presentarse en el templo. Solo estaban exceptuados los niños, las mujeres, los enfermos y los que no pudiesen hacer el viaje a pie. Por lo cual eran fiestas verdaderamente nacionales, que reunían en Jerusalén innumerable muchedumbre de hombres venidos de toda Palestina y aun de regiones extranjeras.

La mayor y más solemne de estas tres fiestas era sin duda la Pascua, que se celebraba el 15 del mes Nisan y los siete días siguientes, o sea durante la luna de Marzo a Abril. En ella se inmolaba el cordero pascual y se recordaba el Exodo milagroso de la esclavitud de Egipto y como quien dice la fundación del pueblo judío de Dios.

La confluencia de peregrinos a la pascua era tan grande, que suelen calcular los historiadores con datos muy probables, que no pocas veces llegarían y aun pasarían de tres millones los peregrinos que en la ciudad de Jerusalén por aquellos días se juntarían. Añadidos a los ciento treinta o ciento cuarenta mil que ya entonces tendría la ciudad, no cabe duda que todas las calles y plazas y casas y tiendas de campaña, rebosarían con grandísima animación y aun confusión de la ciudad entera.

«Los padres de Jesús, dice San Lucas, acostumbraban ir cada año a Jerusalén en el día solemne de pascua». Jesús, niño todavía y sin obligación de acudir al templo, no parece que acudió a él hasta que llegó a los doce años.

35. LA PRIMERA PASCUA DE JESÚS

(L. 2, 41-45.)

Mas «cuando llegó a los doce años, subiendo sus padres a Jerusalén según acostumbraban en la fiesta», subió con ellos su hijo.

Cuatro o cinco días de camino lento con toda la caravana que desde la Galilea iría engrosando hasta Jerusalén los pusieron en la ciudad Santa.

Entró Jesús en el templo, presentándose a la primera pascua, como hijo de aquella Ley en virtud de la cual tendría en otra pascua que inmolarse. Pasó allí toda la semana de fiesta comiendo el cordero pascual por vez primera, y acabados los siete días, cuando sus padres y todos sus amigos emprendieron la vuelta, él según sus secretos y altísimos designios los dejó partir, y sin que ellos lo advirtiesen se quedó en Jerusalén.

Tres días estuvo allí separado de sus padres.

Qué hizo en ellos, adónde fué, en dónde pasó, cosa es que desconocemos casi por completo. Lo que se puede creer es que la mayor parte del tiempo lo pasaría en el templo. El Evangelio nos dice que al tercer día de haberse quedado «le encontraron en él, sentado en medio de los doctores, oyéndolos y preguntándolos de tal manera, que estaban todos los que le oían arrebatados de su prudencia y sus respuestas».

Pero aunque no lo dice el Evangelio, es muy creíble que no fuese aquel el primer día en que les había llamado la atención, sino que ya desde la primera vez que se presentó a ellos empezaría a causarles aquella estupefacción que llegó a su colmo en el tercero.

Siempre en las gentes orientales, sobre todo entre los judíos, suele tener el pueblo anhelo de oír a los maestros y doctores la explicación de la ley y de las tradiciones. A cada paso en las mezquitas, en los templos y en las sina-

gogas, los rabinos, los escribas, los maestros, algo o mucho orgullosos de su ciencia, poníanse a ostentarla y a explicar lo que sabían. En torno de ellos se apiñaba ansiosa la muchedumbre a escuchar su ilustrada palabra.

En Jerusalén serían sin duda escogidos y renombrados los doctores. Mucho más en la Pascua, en que además de los doctores habituales, vendrían muchos quienes por su novedad y cuidado atraerían más pueblo y excitarían más curiosidad, sobre todo de los aldeanos y extraños a la ciudad, que tenían menos ocasión de oír las maravillas de la palabra santa en sus pueblos y aldeas.

Ocurría además que en tiempo de Jesucristo, por estar todo el mundo esperando de un día para otro la aparición del Mesías, del Cristo Salvador, y también por haberse avivado estas esperanzas con los sucesos del nacimiento de Cristo, que no serían del todo desconocidos, ni estarían del todo olvidados, eran muchísimas las disputas en que se enredaban los más sabios, y de seguro que en el templo en los días de pascua se escucharían muchas discusiones y enseñanzas y no tan llenas de erudición tal vez, como de acrimonia y de amor propio.

Con todo esto sería grande el concurso que aquellos días se reuniría de oyentes y discípulos, alrededor de los que muy al contrario del consejo evangélico, deseaban ser llamados Rabinos o Maestros y ocupar los primeros puestos en las cátedras para en ellos hacer ostentación de su ciencia.

Fué, pues, allá Jesús, y ocultando los rayos de su ciencia infinita, sentóse humildemente en el suelo entre los demás oyentes en una de las salas en que estaban los Rabinos explicando la ley. Y como sucede en los catecismos y entonces solía hacerse, principalmente con los niños de su edad, le preguntarían y le dejarían preguntar para avivar más la atención.

El, igual en esto a los demás niños de sus circunstancias, respondía preguntando, y preguntaba cuando se ofrecía la ocasión, sino que lo hacía con tal modo, sabiduría y prudencia, que, como dice el Evangelista San Lucas, todos cuantos le escuchaban, así maestros como discípulos estaban extasiados y fuera de sí y como movidos de su asien-

to, (que todo esto puede significar la palabra de San Lucas) viendo el tino y acierto con que respondía.

¿De qué trataron? qué le preguntaron? qué respondió? qué preguntó él a su vez?... Lo ignoramos. Pero de seguro que trataría de las profecías, de la venida de Cristo, de la observancia de la ley, de la vanidad de muchos usos fari-sáicos, de la perversión de los corazones y de todos aquellos puntos que después en su vida y disputas, años más tarde trató con los mismos quizás que entonces, sin saber quién era, le escuchaban.

De esta manera Jesucristo, aun escondiendo en su humanidad los rayos de su divinidad, difundía sin embargo tanta luz, aun presentándose como discípulo, que oscurecía a todos los maestros, así como el sol aun cuando encoge sus luminosos resplandores entre nubes, difunde con todo más claridad que ninguna de las lámparas que enciende la industria de los hombres, y que todas las demás estrellas juntas.

36. EL ENCUENTRO

(L. 2, 42-50.)

Mientras el Hijo llenaba de claridad la escuela de sus maestros y sembraba en los corazones de su pueblo las semillas de su esperanza próxima, sus padres lo estaban buscando llenos de dudas y de angustia.

No por descuido ninguno suyo, como algunos atrevidamente dijeron, sino por las circunstancias y aún más por la providencia y disposición del mismo Jesucristo, aunque advirtieron al partir de Jerusalén la falta de su hijo, pero siguieron tranquilos «pensando que su Hijo iría en la comitiva».

No parece que saliesen las mujeres y los varones separados, sino que cada cual iba con quien mejor caía. Mas en aquella baraunda de muchedumbre inmensa que el último día de las fiestas preparaba su salida, entre tres o más millones de gente peregrina que en uno o dos días iba saliendo de la ciudad por sus diversas puertas, no era fácil ni aun posible contarse y reconocerse todos.

Después, cuando las caravanas, se iban separando cada una por su camino, cuando llegaban a la primera estación

en que hacían alto para prepararse con más comodidad y espacio a proseguir el camino, era la ocasión de buscarse, de encontrarse en el sitio convenido, de aparejarse cada cual con sus parientes, amigos o compañeros.

Los que se dirigían al Norte de Palestina y sobre todo los Galileos, que formaban una caravana tal vez mayor que otras muchas, y muy característica por el modo especial de ser de los galileos, solían pararse en Beeroth, a poca distancia de Jerusalén, de modo que al ir tuviesen tiempo para entrar descansados y a buena hora en la ciudad, y al volver pudiesen salir también a buena hora y acabar sin prisa la primera jornada.

Allí llegaron, pues, José y María bien descuidados, pensando sin duda que Jesús, con unos o con otros de los parientes o amigos, vendría en la caravana. Bien podían fiarse de Jesús. Tenía doce años, edad en aquel país bastante desarrollada, era virtuoso, sabía bien el modo de no perderse, aun dado caso que no hubiese querido servirse sino de su ciencia natural, como parecía hacerlo, su conducta siempre atinada y juiciosa los libraba de todo cuidado.

Por desgracia cuando acabaron la primera jornada, vieron que no se les acercaba su amado Hijo.

Comenzaron a buscarle entre sus parientes y conocidos.

Todo en vano. No lo encontraron, y tuvieron que persuadirse muy pronto de que no estaba allí.

Angustiosos por la suerte que podría correr, sabiendo sin duda mucho del misterio de la redención y del destino al sacrificio con que su Hijo había venido al mundo, acostumbrados desde la primera infancia de Jesús a ver perseguidores por todas partes ¿quién es capaz de imaginar las mil suposiciones que por la fantasía de aquellos amantes padres desfilaron, y los temores que angustiaron sus paternales corazones? Solo ellos.

Probable es que sería ya muy tarde, lo cual les produciría mayor angustia, y sea aquella misma noche, sea más probablemente, al otro día muy de mañana volvieron a Jerusalén, y tampoco aquel día pudieron encontrarle. Hasta que al tercero «lo hallaron en el templo sentado en medio de los doctores», no como doctor ni en sus escaños, sino

como los demás a quienes enseñaban los doctores, «oyéndolos y preguntándoles, de tal modo, que todos estaban extasiados por su prudencia y respuestas», mucho más admirables de lo que de un niño de doce años pudiera esperarse.

«Viéndole sus padres se admiraron», porque, si bien sabían su sabiduría infinita, más nunca hasta entonces le habían visto dar demostración ninguna de ella.

Acercóse su Madre, y dulcemente quejosa, le dijo:

«—Hijo mío ¿cómo nos has hecho esto? tu padre y yo te hemos estado buscando llenos de dolor».

«Y Jesús les dijo:

«—Y ¿por qué me buscabais? ¿no sabíais que yo debo ocuparme en las cosas de mi Padre?»

Esta fué la primera palabra que sabemos que habló Jesús, y la primera vez que declaró su misión al mundo, su vocación y destino en la tierra, y su divinidad. Mi padre y tú me estabais buscando, cualquiera diría que yo os debería haber dado gusto, pero tengo otro Padre celestial a quien únicamente debo atender en mis acciones, pospuesto todo otro interés y obligación.

Sapientísima fué la respuesta, pero sus padres no la entendieron ni penetraron su sentido. Como nota el solidísimo Toledo, no hay inconveniente en afirmar que la Santísima Virgen, aunque tuvo mucha fe y muy constante, sin embargo no desde el principio conoció todos los misterios, sino que así como creció en caridad y gracia, así creció en conocimiento de los misterios de Cristo su Hijo, según el curso de los sucesos. Ignorantes, pues, del porvenir que a su hijo aguardaba, no conocieron bien lo que en estas palabras Jesús quiso decirles, ni si querría ya comenzar otra clase de vida, ni si se daría de lleno a la instrucción, a la predicación, al culto, ni en fin, si llegaría ya el cumplimiento de aquella profecía de Simeón, que la Virgen llevaba atravesada en su corazón como una espada.

Si sus padres no conocieron el sentido de aquellas palabras, mucho menos lo alcanzarían los Rabinos y los demás que le habían oído, los cuales viéronle partir en compañía de José y de su Esposa, y quedarían diciendo mucho más que decían de San Juan Bautista los que estuvieron pre-

sentes cuando su nacimiento:—¿Quién podrá ser este niño? porque con él está la mano de Jehová.

Jesús se recogió de nuevo en su humildad y sencillez ordinaria «bajó con sus padres a Nazaret, y estaba sujeto a ellos. Su Madre conservaba todos estos recuerdos en su corazón» y los meditaba y compaginaba entre sí con solícita atención.

37. EL CARPINTERO DE NAZARET

(Mt. 13,55.—Mc. 6,3.)

Recordaba San Justino los arados y yugos que Jesús cuando vivía en Nazaret había construido para los aldeanos de su pueblo, y mucho mejor que San Justino lo recordaban los propios paisanos, parientes y amigos de Jesús cuando éste salió a su vida pública y comenzó a asombrar al mundo con su doctrina y milagros.

Cuando, como luego veremos, vino segunda vez a predicar en Nazaret su patria, sus paisanos que le habían conocido carpintero, decían:

«—¿De dónde le viene a ese todo esto? qué sabiduría es esa que le ha venido, y qué milagros esos que hacen sus manos? ¿No es ese el carpintero y el hijo del carpintero? su madre no es María? no son Jacobo, y José y Simón y Judas sus hermanos? No están entre nosotros sus hermanas todas? Pues ¿de dónde le viene a ése todo esto?»

Y otra vez que estaba enseñando en el templo decían muchos que debían también ser de sus paisanos:

«—¿De dónde le vienen a éste las letras si no ha estudiado?»

Y en efecto Jesús, como ya hemos dicho no pudo asistir a ninguna escuela, porque en Nazaret no la había, sino que aprendió el oficio de su padre. Este casi no puede dudarse que fué carpintero. La palabra de que usa el Evangelio, si bien es la de *faber* en la Vulgata, *tekton* en griego, que significan propiamente *artesano*, sea de hierro, sea de otro metal, sea de madera, pero más propiamente se aplica a los carpinteros, y por la tradición se puede asegurar que en este caso significa carpintero.

Carpintero sin duda y carpintero de basto fué José; y

aprendiz primero, oficial y maestro después de carpintería fué Jesús Nazareno. No serían finos los trabajos que en una aldea tendría que hacer. Carros, arados, yugos, puertas si acaso y toscas ventanas, mesas bastas y sencillos arcones y bancos.

Así fué pasando la vida el Redentor del mundo desde los doce hasta los treinta años. No sabemos de él ningún milagro, ningún hecho prodigioso, ninguna muestra de sabiduría que llamase la atención.

Antes al contrario sabemos que no hizo sino lo que solían hacer los jóvenes de su edad en Nazaret.

Vivía con sus primos, paseaba con sus amigos, trataba con sus vecinos, ayudaba en el taller a su padre, sin dar muestra ninguna extraordinaria de habilidad, que no la hubiesen dado otros, el sábado acudía a la sinagoga y oraba y escuchaba con los demás la explicación de la ley, en las pascuas peregrinaba a Jerusalén, y en los días de descanso y de sábado se recreaba como se recreaban sus coetáneos en el paseo por el campo, en la contemplación de la naturaleza; alternaba con el sembrador y arrancaba con él a veces la cizaña, acompañaba a los pastores, ayudando quizás a algún amigo a buscar la oveja perdida, escuchaba a algún padre abandonado la historia de algún pródigo escapado, sesteaba bajo alguna higuera estéril, se alegraba en el tiempo de la mies y la vendimia, subía a la ciudad puesta sobre el monte, contemplaba las ruinas de las casas mal edificadas sobre arena, admiraba la elegancia de las anémonas, y de los lirios del campo, el florecer del heno y de la grama, el volar libre y animoso de los pajarillos que en la plaza de Nazaret veía vender dos por una moneda, todo aquello en fin de que después había de deducir sus parábolas y explicaciones llenas de celestial y nunca oída sabiduría.

Conocía a todos, trataba a todos con sencilla amabilidad y cortesía, y querido de todos, servía á todos cuantos del trabajo de su padre querían valerse para sus casas.

Antes de salir a la vida pública debió morir sin duda ninguna San José. El Evangelio no lo dice expresamente, pero harto nos lo significa con no sacar su nombre para nada en todo el tiempo siguiente a la escena del Templo

de Jerusalén, sino para decir que le estuvo sujeto Jesús en Nazaret. María acompañó a su Hijo en su predicación; José no aparece por ningún lado. Cuando vinieron una vez á verle sus parientes en Cafarnaún, le trajeron los suyos el recado diciéndole: Ahí fuera están tu madre y tus hermanos que te buscan. Pero no le dijeron nada de José. Y cuando murió Jesús de seguro que no hubiera encomendado á San Juan el cuidado de su madre, si hubiera vivido San José.

Sin duda cuando Jesús llegó a su completa virilidad y pudo él solo ganar el sustento propio y de su madre, con la muerte más dulce que imaginarse puede, mandó desde sus brazos y los de María al seno de Abraham con el último beso y la última mirada llena de promesas y esperanzas al que hasta entonces le había sido protector solícito, custodio fidelísimo, amado patriarca suyo y esposo de su querida Madre. Y quedó Jesús dueño del taller, hijo de la viuda, sujeto a ganar con su sudor y trabajo su propio sustento y el de su Madre.

Gran ejemplo y doctrina incomprensible dedicar Dios Redentor y Maestro del género humano al trabajo la mayor y más florida parte de su vida. Consagración admirable y convincente de la santidad común que puede tener cualquier cristiano que pase sus años en el trabajo constante y el cumplimiento sencillo de su deber y obligación. Sin hacer milagros, sin ostentar rarezas, sin salir de la vida ordinaria, sin aprender sabidurías, aun en la vida oculta y vulgar del artesano, del trabajador, podéis dar gloria a Dios en las alturas, imitar a Cristo vuestro modelo, crecer en santidad y gracia como Cristo.

38. PROGRESOS DE JESÚS

(L. 2,52.)

Porque, en medio de esta vida Jesús progresaba y constantemente «según nos refiere San Lucas, crecía en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres».

Dotado de un cuerpo, no aparente, como dijeron algunos herejes, sino real y verdadero, y de las mismas condi-

ciones que el nuestro, crecía desde niño a joven y desde joven a varón en estatura y robustez corporal, adquiriendo todo aquel vigor y desarrollo que le eran necesarios en su vida de carpintero y habían de serle más necesarios aun en su vida apostólica llena de trabajos y fatigas.

Crecía también en sabiduría y en gracia. Y por cierto que no es fácil a los hombres comprender este misterio. ¿No estaba la humanidad sustancial y personalmente unida a la divinidad? ¿No estaba unida por tanto a la infinita sabiduría y gracia? ¿Cómo, pues, ni qué género de crecimiento puede en Jesucristo admitirse ni en sabiduría ni en gracia?

El evangelista cuenta lo que se vió en Cristo y en sus acciones. Y como estas cada día demostraban más sabiduría y santidad a medida que Jesús crecía, y realmente eran en sí de más gracia y de más sabiduría cada vez, por eso dice que Jesús iba creciendo al mismo tiempo que en cuerpo, en gracia y en sabiduría.

Como además él era hombre perfecto y dejó que su cuerpo fuese siguiendo en lo que no había pecado el mismo paso que el nuestro, naturalmente aunque perfectamente, según cada tiempo, fué poco a poco desarrollándose su organismo sensitivo, sus sentidos, su fantasía, su cerebro. Y si bien por la ciencia divina que tenía y por la ciencia infusa conoció desde el principio todo cuanto después había de conocer, pero además fué experimentando poco a poco y adquiriendo lentamente también ese nuevo conocimiento experimental de lo que conocía ya con su ciencia divina y con su ciencia infusa. Y así dice San Pablo que «siendo Hijo de Dios, aprendió sin embargo *por lo que padeció* obediencia», es decir, que no solo supo después, como sabía antes, lo que es obedecer, sino que experimentó y padeció lo que es obediencia, y así tuvo esta ciencia experimental humana, que, como Dios, no hubiera podido tener, porque jamás Dios puede *experimentar* lo que es obedecer, como ni padecer, ni otras muchas cosas que Jesús en cuanto hombre pudo y se dignó aprender por experiencia y adquisición de los sentidos y fantasmas.

Bien dice San Ambrosio: «¿Cómo adelantaba la sabiduría de Dios? El orden mismo de las palabras del Evangelio te lo dice. Hay aprovechamiento de edad y hay aprove-

chamiento de sabiduría. Puso primero la edad, para que veas que se refiere a la humanidad. La edad no es de la divinidad sino del cuerpo. Pues bien, si crecía en edad de hombre, crecía en sabiduría de hombre, y la sabiduría progresa por los sentidos».

¡Misterios de todos modos de Dios humanado!

Lo cierto es que aquel modelo de los hombres en todas y cada una de sus edades fué perfecto.

Niño perfecto, adolescente perfecto, joven perfecto, varón perfecto, mostrando cada día más perfección y sabiduría, haciendo cada vez, según correspondía a la edad por que pasaba, obras más graciosas y más perfectas, de modo que se pudiese decir siempre: Todo lo hace bien.

Así llegó Jesús a los treinta o treinta y un años. Era en aquel tiempo antes de salir a su vida pública hombre perfectísimo, sapientísimo, repleto de gracia y santidad y sabiduría.

Pero conteniendo los resplandores de su excelencia dentro de la nube de su humanidad iba demostrando poco a poco lo que era, y aparecía antes de salir a su vida pública un joven Nazareno perfecto en sus circunstancias, virtuoso, prudente, digno, absolutamente irreprochable en su alma, vigoroso en su cuerpo, recio, esbelto, bien formado, sin defecto ni deformidad ninguna, sin enfermedad, varonilmente hermoso, agradable sin par, de manera que aun á los niños y a los tímidos atraía, tal, en fin, que todos los que le veían pudieran decir aun de su presencia exterior y aspecto corporal lo que San Juan decía de su persona y de su vida: «Nosotros vimos su gloria, gloria propia de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad».

Así era Jesucristo en su exterior, vivo reflejo de su interior, pura gracia, pura verdad, gracia y verdad que de tal modo llenaba su divina persona que rebosaba en lo exterior de su carne, brotaba por todos sus sentidos y ungió como bálsamo toda su divina presencia.

Alguno que otro escritor sagrado y teólogo ha pretendido decir que Jesucristo no fué hermoso.

No hay opinión que no tenga algún patrono en este mundo. Nadie les ha podido creer. Porque no es verdad. Jesucristo ha sido el más hermoso de todos los hijos de los

hombres. La Cristiandad ha formado de él un retrato tan sencillo como ideal. En la mente de todos los cristianos y en el corazón de todos los fieles vive su figura aun sin haberle visto: y en ellos aparece como el hijo hermoso de la hermosa Virgen, y el más hermoso de los hijos de los hombres.

39. LOS HERMANOS DE JESÚS

(Mt. 13, 55-56.—Mc. 6,3.)

(Mt. 12,46.—Mc. 3,31.—L. 8,19.)

Tal vez muerto San José, la Virgen María se unió con su hermana María viuda también como ella de Alfeo ó Cleofás, que son el mismo nombre. Con lo cual Jesús hubo de vivir y tal vez trabajar al lado de sus hermanos.

Hay que notar que *hermano* entre los hebreos se llamaba a todo pariente, y aun a todo amigo muy unido por vínculos de patria, de tribu, de alianza de cualquier clase. Diez veces se usa esta palabra en la Sagrada Escritura en su sentido extricto, más de mil en otro sentido de un parentesco cualquiera. Así se explica que Jesús, como dice el Evangelio, tuviese hermanos y hermanas.

Ha habido herejes y aún hoy algún protestante ha querido probar que eran hijos de la Virgen María: nada más falso ni más irreverente. Otros sostuvieron que eran hijos de José de un matrimonio anterior al de la Virgen: error y atrevimiento infundado.

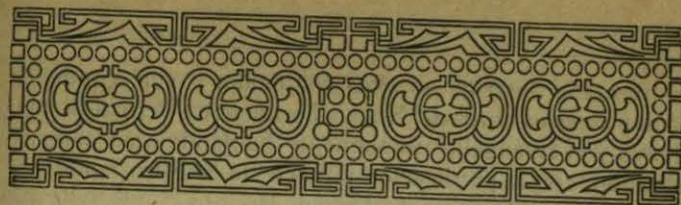
Cuatro fueron los principales primos de Jesucristo á quienes el Evangelio llama hermanos: Jacobo y José, Simón y Judas. Todos ellos fueron hijos de María de Cleofás, llamada también hermana de María, aunque debía ser solo cuñada, o porque era hermana de San José o porque estaba casada con Cleofás hermano del Santo Patriarca. Sus primas hermanas, si hemos de creer a algunos, fueron principalmente dos. Salomé, la que casada con el Zebedeo de Betsaida, tuvo por hijos a Santiago el Mayor y a Juan, y la otra María, que estuvo con la Virgen al pie de la Cruz y la acompañaba muchas veces como sobrina que la amaba.

Ciertamente que ni a sus primos hermanos al principio, ni a sus parientes y amigos de Nazaret, ni a todos sus

paisanos tuvo mucho que agradecer el Mesías, como luego veremos. Más tarde convencidos y persuadidos por el Maestro, se hicieron sus discípulos y le siguieron, sus primas hermanas hasta el pie de la Cruz, sus primos hermanos en la predicación del Evangelio, tres de ellos como apóstoles y el cuarto, José, como discípulo.

Mas al principio parece que no creyeron en él. Acostumbrados sin duda a conocerle trabajando, sudoroso y fatigado a su lado en pulir arados y zurcir cofres y banquetas, ¿cómo habían de imaginarse que aquel carpintero pudiese ser el Cristo, el Rey de Israel? Después ambiciosos y humanos le empujaban a que se lanzase resuelto por el camino de la gloria y se manifestase decidido en Judea, con toda su popularidad y su gloria. Todavía en la última Cena preguntaba Judas al Señor su primo: «y por qué has de manifestarte a nosotros y no al mundo?» como si temiese que se deshicieran todas sus esperanzas de reino terreno.

Pero en su lugar veremos su conducta y la de Jesús con ellos.



VIDA PÚBLICA

40. PRINCIPIO DEL EVANGELIO

(Mc. 1, 1-5; L. 3, 1-5; Mt. 3, 1-3.)



Ir a contar los hechos que tenemos que referir de la vida pública de Nuestro Señor y Salvador Jesucristo, San Marcos, que no cuenta en su libro nada de lo que ya, sacándolo de otros Evangelistas, hemos referido, comienza de esta manera tan solemne como familiar:

«El principio del Evangelio de Jesucristo Hijo de Dios fué, como está escrito en la profecía de Isaías: He aquí que yo envío mi ángel ante tu presencia, para que te prepare el camino delante de tí. Su voz clamará en el desierto: preparad el camino del Señor, rectificad el sendero por donde ha de pasar. En efecto, Juan el bautizador se presentó en el desierto, pregonando el bautismo de penitencia para la remisión de los pecados».

Momento sublime en que de verdad daba principio la Buena Nueva, el Evangelio, la publicación de la salvación por Jesucristo, que es lo que Evangelio propiamente significa.

Después este nombre se ha aplicado a cada uno de los cuatro libros en que cada uno de los escritores de la vida de Cristo expusieron la historia y el modo con que se publicó la Buena Nueva de la redención. Se dió este mismo